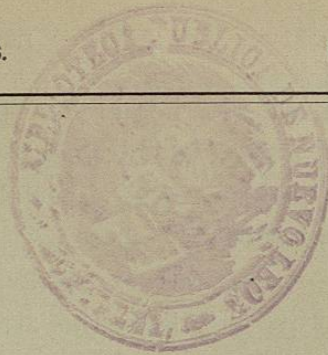


El Sr. Lacassagne dice en la página 88 de su obra: «Reconociendo con Darwin y Lombroso la influencia atávica sobre la manifestación de una costumbre casi generalizada á toda la especie humana primitiva, yo creo, sin embargo, que, visto el mayor número de tatuajes simbólicos, es necesario darse cuenta de las tendencias del fetiquismo que, aunque más frecuentes y más espontáneas hace un siglo, son, sin embargo, inherentes al organismo humano.» Más abajo y en la misma página, dice: «Los antiguos hacían como los modernos, y en los muros de Pompeya se ha encontrado un grupo de inscripciones y de dibujos que tienen más de una relación con los tatuajes. . . .» «Los tatuajes hablan en nuestra época absolutamente el mismo lenguaje, y nosotros tenemos más de treinta dibujos que expresan la misma idea que el *graffito* de Pompeya.»

Pero no son estos los puntos en que con más franqueza se expresa el Dr. Lacassagne, respecto al atavismo. En la pág. 81 de su misma obra, estudiando las causas que, según Lombroso, influyen en el tatuaje, dice así: «9ª Pero la primera y más importante de las causas es, según Lombroso, el *atavismo*, ó esta especie de atavismo histórico, la tradición, puesto que el tatuaje es uno de los caracteres especiales del hombre primitivo, *ó de aquellos que viven aún al estado salvaje.*» Y luego en la pág. 82, hablando del Dr. Paoli, de una nota que publicó sobre los tatuajes en el establecimiento de locos de Génova (1879), y que fué analizado por el Dr. Cougnet, en la cual éste observó que, de 18 locos tatuados, 11 eran criminales y 7 locos comunes, dice: «Los otros 11 eran manifiestamente criminales, como lo prueba Cougnet, y entran en la categoría estudiada por Lombroso. *En resumen, esto es una nueva prueba de las relaciones del tatuaje y del atavismo, puesto que, como se sabe bien, el atavismo no tiene ninguna influencia sobre la locura.*»

La copia textual de estos dos párrafos, tomados de las págs. 81 y 82, expresan, en mi concepto, la creencia que tiene el autor de «Los tatuajes,» de la relación estrecha que existe entre el tatuaje del criminal actual, el tatuaje del salvaje y el del hombre primitivo.



CAPITULO XIII

Análisis de la cuestión desde el punto de vista psicológico fundado en las teorías de Spencer, para probar el atavismo.



ARECE que cuanto hemos dicho en el artículo anterior, sería suficiente para probar la teoría del atavismo; pero hay en las costumbres de los pueblos, tanto de los antiguos que guarda la historia como de los modernos, detalles tan semejantes, conservados y reaparecidos por la tradición unos, y por la herencia de vuelta otros, que bien vale la pena hacer un análisis comparativo para corroborar la doctrina que sostenemos.

El principio sentado por Lombroso, de que el hombre criminal es un salvaje nacido en medio de una sociedad civilizada, con las ideas y el gusto estético del hombre de las primeras edades; es en nuestro concepto el más justo que por la observación se ha podido inducir.

En efecto: entre el criminal y el salvaje, psicológicamente considerados, no es grande la diferencia; el atavismo los une.

Existiendo en las primeras edades de los hombres los mismos sentimientos, y las tendencias á satisfacer las mismas necesidades; el tatuaje, como asunto decorativo primero, y después como medio de perpetuar las glorias personales, etc., etc., era general en todos los hombres, y universal en todas las tribus existentes entonces. De la vida predatriz á la vida industrial y pacífica, transcurrieron siglos; las costumbres cambiaron, y en los pueblos civilizados y medio civilizados en que el vestido se hizo una necesidad, el tatuaje dejó de tener razón de existencia. De general que fué primero

en todos los hombres y pueblos, se hizo particular á ciertos individuos en que la influencia de la civilización no tuvo el mismo éxito que en otros, y especial á ciertos pueblos que han permanecido apartados del comercio social sin poder disfrutar de sus beneficios.

En los pueblos civilizados, las generaciones se han sucedido sin que el tatuaje haya aparecido, sino como un fenómeno raro que sólo se descubre en la hez de la sociedad. Como esta clase social es la que se manifiesta refractaria á las buenas costumbres, en ella reaparecen los signos de las costumbres primitivas, y se marcan unos más que otros. Y todavía en estas últimas capas sociales, los signos regresivos del salvajismo no son generales en todos sus miembros, pues en un grupo de criminales es menor el número de tatuados que el de los que no se están; y esta costumbre salvaje tiende cada día más á desaparecer, hasta que por último los casos sean tan excepcionales, que ellos mismos vengan á comprobar la teoría del atavismo.

Este atavismo no sólo se prueba en el delincuente, sino hasta en la clase elevada y civilizada de la sociedad, si bien como un fenómeno raro.

Antiguamente, cuando el tatuaje se hizo un signo de distinción, el clan ó jefe de una tribu era el único que se tatuaba; después, los sacerdotes, los príncipes, y por último la nobleza. Hoy, el futuro jefe de una nación, el Príncipe de Gales y la nobleza inglesa, los lores, se tatúan para significar su jerarquía y condiciones sociales.

Cuando hicimos la historia del tatuaje, dimos á conocer las costumbres, respecto al adorno, de los primeros pueblos y de los que aun permanecen en el estado salvaje; y la etnografía de las naciones civilizadas nos suministra millares de ejemplos con los que podemos recordar los usos de los primeros hombres, y relacionarlos con las modas actuales que el refinamiento social ha hecho reaparecer. La moda, esa entidad abstracta que explota la vanidad del hombre civilizado, herencia del salvaje, no es más que la aparición, desaparición y reaparición de las costumbres de nuestros abuelos. Es la costumbre primitiva que evoluciona en razón de las fuerzas sociales que la sostienen, y la decadencia de esta misma costumbre, hasta quedar hundida en el olvido, si fuerzas sociales nuevas no la hacen reaparecer un tanto modificada. Es, en una palabra, la combinación de los factores externos con los factores internos que evolucionan, hasta cierto límite, para decaer hasta cierto límite; pues

como dice Spencer: «La teoría del progreso continuo, admitida sin restricción, es casi tan insostenible como la decadencia continua.»¹

La moda, pues, que es la diosa que todo el mundo adora, y sumiso se rinde á sus mandatos, nos da los extremos de una cadena con los cuales podemos unir el pasado con el presente, para ver que las tres fases del adorno porque ha pasado la humanidad, con las costumbres inherentes á ciertos pueblos, no son más que fenómenos atávicos que corroboran la teoría del tatuaje en el hombre inculto y en el delincuente.

Los procedimientos, pues, á los cuales ha recurrido la humanidad á medida que ha ido civilizándose para satisfacer el deseo invencible de adornarse, pueden reducirse á tres fases ó categorías, que son: 1º Los afeites y el tatuaje en todas sus formas. 2º Las deformaciones y las mutilaciones étnicas. 3º Los peinados, las joyas y los vestidos.

De estas fases algunas han desaparecido del seno de las sociedades civilizadas; otras luchan por sostener su imperio en el sexo débil, la mujer, y otras han vuelto á hacer su aparición después de muchos siglos de ausencia.

I. *Los afeites*, después de haber extendido su dominio en toda la superficie del cuerpo, y en todos los pueblos de las primeras edades, hoy sólo se limitan á la cara de la mujer de cierta clase social, y de vez en cuando, á la de la más elevada. Las costumbres que sigue la mujer civilizada á este respecto, nos recuerdan los usos de algunos pueblos que permanecen aún en el estado primitivo.

En ciertos pueblos de la Senegambia, las mujeres se tatúan de azul índigo las encías y los labios: nuestras mujeres de cierta jerarquía social, nunca la gente del pueblo, se pintan las encías y los labios de rojo. Los polvos dentríficos más preferidos de nuestras mujeres, son aquellos en cuya composición entran el carmín, la rubia y otras substancias que dan color rojo. En cambio, las muchachas de Nueva Zelandia se tatúan los labios de negro, por ser una vergüenza tenerlos rojos. Pueblos hay en Arabia (*Niffa*), donde las mujeres se pintan el cabello y las cejas de azul, y los párpados con *khol*; los labios de amarillo, y se enrojecen con el *henné* los dientes, las manos y los pies. Nuestras mujeres más civilizadas, tanto del antiguo como del nuevo continente, para agrandarse

¹ Spencer. Los fundamentos de la sociología.

los ojos, se pintan las cejas y las pestañas de negro (con sulfuro de antimonio), y una raya negra en el ángulo externo de los párpados completa la ilusión. Para hacerse más interesantes, pintan de azul oscuro la base del párpado inferior, con lo cual dan á la fisonomía una expresión de tristeza que contrasta con el tinte rojo de las mejillas.

En la actualidad, entre las novedades últimamente importadas de Europa, con el objeto de embellecer á las mujeres de nuestra alta sociedad, viene el *Henné*, (*Lawsonia inermis*. L.)¹ cosmético con que se pintan de un bello rubio los cabellos, para hacer contraste con sus ojos negros y dar más realce á su hermosura.

Antiguamente, las mujeres de Oriente, las encumbradas damas lo mismo que la última mujer del pueblo, se pintaban de blondo los cabellos, las cejas y las pestañas. Han pasado muchos siglos, y vuelve á aparecer en nuestra sociedad una moda que se perdió en las pasadas generaciones.

Entre los afeites colorantes, el rojo es el que ha tenido mayor aceptación; es, puede decirse, tan antiguo como la humanidad; existe aún en los pueblos que se conservan en el estado salvaje, y se aleja de nuestros centros de civilización, para albergarse solamente en las celdillas de los teatros y en nuestras mujeres de gran mundo. No obstante esto, en la Europa moderna, como en nuestros círculos sociales de más elevada categoría, el *colorete* hace su aparición en ciertas épocas, como la de ópera, la de grandes bailes, etc., y no hace aún medio siglo que nuestras más elegantes damas no podían presentarse en sus salones ó en la calle, sin que antes no se pintaran de carmín las mejillas, los párpados y los labios.

En la Roma antigua, el afeite se había hecho un medio de conservar la salud; toda mujer honrada, antes de salir á la calle, debía embadurnarse la cara con una untura negra y pegajosa.² Murió esa moda, y hoy, toda mujer honesta no puede presentarse en público, si antes no se ha puesto en la cara, el cuello y las manos, alguno de esos polvos blancos ó color de rosa que se expenden en las grandes droguerías ó perfumerías.

No obstante el tatuaje, los neo-zelandeses usaban con dema-

1 Género de plantas de la familia de las Salicarieas, de las cuales una especie, la *Henné*, es un arbusto del Oriente, de madera dura, cultivado por los árabes, de cuyas hojas, secadas y reducidas á polvo, se hace una pasta que se aplica sobre la parte que se quiere pintar de color de león.—Dic. de med. Littré y Robin.

2 Ch. Letourneau. Dic. de Antropología.

siada profusión, el afeite rojo; los hombres como las mujeres llevaban siempre en la mano un pedazo de ocre rojo, para sostener el color que daban á sus mejillas, á la frente y á todo el cuerpo. Hoy nuestras damas cargan en cajas más ó menos apropiadas, con su respectiva borla de nutria, *su inseparable polvo*, que sostiene la tersura de la piel, que cubre ciertos defectos de ella, y la hace aparecer blanca ó apiñonada, cuando muchas veces es bien subida de color.

Los hombres de nuestra época prestan también contingente para asimilarnos á los recuerdos históricos de un remoto pasado. Los sari (Persia), ya viejos se pintaban el cabello y la barba de rojo; en Bagdad (Turquía), preferían el azul. Entre nosotros, los viejos que se resisten á manifestar los años que han vivido, con pretexto de la higiene de la vista, á la que hacen daño los reflejos de la luz sobre el blanco de su bigote, se pintan el cabello, la barba y el bigote de negro, ya usando el simple cosmético, compuesto de cera, grasa y hollín; ó bien con tinturas que tienen por base las sales de plata, que ennegrecen los cabellos al contacto de los sulfuros.

Las mujeres que pueblan las orillas del río Niger (Africa), se pintan las uñas de un rojo púrpura, y las de ciertos lugares del Asia, de amarillo. No hace treinta años, nuestras elegantes damas se pintaban de color de rosa las uñas, y otras se las doraban; las dejaban crecer para cortarlas en forma de pico, y, para que no se quebraran, llenaban el hueco de ellas con una pasta color de rosa. Todo esto, además de significar un adorno, implicaba la idea de que, quienes lo usaban, no se ocupaban de trabajos manuales. En China, las uñas largas eran un símbolo de nobleza, y las señoritas llevaban cajas de plata para protegerlas. Los ascetas chinos las dejan crecer en proporciones monstruosas, como para significar que llevan una vida religiosa, y no se ocupan en cosas mundanas. Entre las actrices siamesas, era un signo de aristocracia llevar las uñas largas. Todo esto ha desaparecido, y apenas quedan huellas de esos usos; el guante fué su sudario.

El color de los dientes fué un hecho en el que se fijaron mucho los pueblos salvajes. Los pobladores antiguos de Asia y Africa, se pintaban los dientes de rojo, azul ó amarillo. En el archipiélago Malayo, y casi en todas las islas oceánicas, se los pintaban de negro; lo mismo hacía el antiguo zapoteca. En China se los pintaban de amarillo, porque era vergüenza tenerlos blancos, como los

de los perros; y nosotros para tenerlos blancos, como los de los animales carniceros, nos los frotamos frecuentemente con cepillos rígidos, porque nos da vergüenza tenerlos amarillos, color debido á la edad ó al poco aseo que con la boca se tiene.

En fin, las australianas llevaban pintadas en las piernas rayas blancas y rojas, entrecruzadas, semejando las correas que usaron los primeros guerreros para sostener los músculos de las pantorri-llas. No hace muchos años nuestras damas elegantes usaban cintas negras ó de color, entrecruzadas sobre las medias, para soste-ner el zapato bajo, á la vez que para adornar la pierna; cintas á las que impropiamente se les llamó *cáligas*, como perversión de la pa-labra que recuerda la pequeña bota que, hasta media pierna, usaba el soldado romano.

II. *Las deformaciones y las mutilaciones.* La idea de modificar la forma del cuerpo, de mutilar ciertos órganos, de deformarlos, en fin, con el objeto de mejorar su aspecto exterior, según el sentimien-to estético que en los pueblos ha dominado, caracteriza la segun-da faz de la evolución del adorno, y nos recuerda en su estado ac-tual, que su fuente no ha sido otra que el gusto y las costumbres de las razas primitivas, modificado aquel, perfeccionadas éstas, y extinguidas algunas, por no poder sostenerse en medio de las cos-tumbres que impone nuestra civilización.

No nos ocuparemos con las deformaciones de la cabeza, que se han hecho en casi todos los pueblos del mundo; costumbre que ha desaparecido en la mayor parte de ellos, aunque existe sin embar-go, con diversos motivos en algunos lugares del Asia, de América y de Europa; pero sí con las deformaciones de las otras partes del cuerpo, que, ya solas ó combinadas con las mutilaciones, no tuvie-ron otro objeto que mejorar la condición estética del hombre.

En China, por ejemplo, la deformación de los pies para hacerlos pequeños era general, principalmente en la nobleza; ha desapare-cido de esta clase social y sólo se conserva en la gente del pueblo. Entre nosotros, esta costumbre también ha decaído; no hace mucho nuestras elegantes damas torturaban sus pies en zapatos demasiado estrechos, con tacones de madera de cinco centímetros de altura y muy oblíquos hacia adelante, para hacer aparecer el pie más peque-ño, lo que ocasionaba que algunas mujeres apenas pudieran andar; y todavía, para hacer más difícil la progresión, usaban los tacones he-

rrados, lo que producía caídas de fatales consecuencias, además de las afecciones uterinas por andar siempre cuesta abajo, pues á eso equivalía llevar el tronco hacia atrás para conservar el centro de gra-vedad.

Entre las deformaciones actuales importadas de Europa para la mujer, existe la del tronco, moda universal en la gente civilizada que no puede prescindir de estrechar su cuerpo por medio de una coraza llamada *corset*, hecha rígida por varillas de acero ó de ballena ó de otate que la rodean, lo que con perjuicio del funcionamiento normal de los órganos abdominales, reduce el volumen del talle para darle forma agraciada.

Peveille dice que es un instrumento de tortura, en el cual se ponía á las jóvenes desde edad muy tierna. Haremos rápidamente la historia del *corset*, tomando los datos de Larousse.

Generalmente se cree que es de invención moderna, pero Home-ro en su Iliada se refiere al corset, cuando al describir el ropaje que llevaba Juno (Era de los griegos), al querer seducir á Júpiter, habla de las dos cinturas que dibujaban el talle de la diosa; la una, dice, era bordada con franjas de oro; la otra, tomada de Venus, estaba adornada con todas las riquezas que sugiere la fecunda imaginación.

En Atenas y en Roma los corsets tenían por objeto, en un prin-cipio, disimular los defectos del talle; después las cinturas que lle-vaban no sólo servían para estrechar el talle, sino para levantar los senos y aumentarlos de volumen, sostener las espaldas y reducir el volumen del vientre.

En todos los pueblos cultos, las caderas salientes, el talle del-gado, el pecho y el cuello voluminoso de las mujeres, han excitado el sentimiento estético del hombre.

El fascie mamillaris de los antiguos tenía el mismo objeto que el corset moderno: las mujeres griegas y las romanas procuraban tener un talle esbelto y un pecho saliente, como signos de belleza; así como una cintura ancha y un vientre voluminoso eran signos de deformidad. Para conseguir lo primero, Sirénus Lammonicus, médico del Siglo III, conociendo la necesidad del bien parecer en la mujer, empleaba ciertos tópicos que, según él, evitaban el des-arrollo de la cintura y procuraban la esbeltez del talle, lo que le dió mucho nombre y mucho dinero. El corset fué no sólo adminículo de la mujer; los hombres también lo usaban, y en éstos las varillas eran de madera de tilo.

El refinamiento en las costumbres romanas vino á dar fin con el corset como con las demás piezas del vestido, que se redujo todo él á una simple túnica ceñida en la cintura.

En la edad media el corset volvió á aparecer, pero entonces no fué más que un simple corpiño que sujetaba el cuerpo sin comprimirlo.

En 1532, Catalina de Médicis introdujo en Francia el corset que importó de Italia, y el cual pronto se extendió por toda Europa.

Roderic y Ambrosio Paré fueron los primeros campeones en la lucha contra el corset, y se empeñaron en demostrar los inconvenientes de la constricción del talle.

En vano Mataigne y Riolan señalaban también los daños, y el abate Quillet criticaba en el púlpito el uso del corset; las damas francesas persistían en estrechar su talle.

Reyes y Emperadores trataron de desterrar de sus Estados esta moda tan perjudicial, y no lo consiguieron. José II, para inspirar á la mujer honrada aversión por el corset, sometía á las mujeres de mala vida á sufrir la pena infamante de llevar corset y *paniers*.

La revolución francesa dió fin con todos estos signos de coquetería, y los corsets, *paniers* y *polissons* desaparecieron por algún tiempo.

Durante el nuevo imperio, el corset hizo su reaparición en la corte de Francia; pero no ya como en el tiempo de Catalina, sino que estrechaba más el talle, los senos quedaban más levantados y el pecho más descubierto.

En 1812 fué la época en que las mujeres se estrecharon más el talle, y entonces Napoleón decía al Dr. Corvisart: «este vestido, de una coquetería de mal gusto, que martiriza á las mujeres y maltrata su progenitura, me anuncia gustos frívolos y me hace presentir una decadencia próxima.»

Luis XVIII decía á madama Cayla: «vos seríais la mujer más linda de mi reino si despreciárais una moda tan absurda, si abandonáseis este horrible corset que afea la naturaleza.»

En fin, el corset ha sido atacado por todos los hombres grandes y poderosos, y ha resistido á su poder. Cuando Francisco I se hizo cortar su largo cabello, al día siguiente todas las largas cabelleras cayeron. Cuando Luis XIV criticó á las damas de su corte por el gran moño que traían arriba de la frente, hizo caer en la misma tarde aquellas cofias. El Júpiter Olímpico que con una palabra de-

rríbaba tronos, nada pudo contra el corset; y el viejo rey, habituado á ver á los cortesanos obedecer sus menores deseos, encontró en el corset un rebelde contra el cual se estrelló su poder. (Larousse.)

No es remoto que esta moda que tantos males ha acarreado á la disposición pelviana de la mujer, desaparezca muy pronto para volver quizá más tarde modificada, reduciendo las dimensiones longitudinales del corset.

Las negras del Africa central se procuran una deformidad que consiste en el engrasamiento de ciertas partes del cuerpo, las regiones gluteas, considerado como el ideal de la belleza femenina etiope.

Hoy, las mujeres de nuestra alta sociedad tienen la peregrina idea de imitar la *esteato pigia*¹ de la hotentote, poniendo cojines en las caderas y en la región sacra (*paniers* y *polisson*), para aumentar su volumen y señalarlas al través de las ropas.²

En cuanto á las mutilaciones étnicas, no nos referiremos más que á aquellas que, como las deformaciones, tuvieron y tienen por objeto mejorar la condición estética del hombre. Éstas se refieren á los dos sexos; pero han persistido más en la mujer, en razón de su tendencia invencible á adornarse.

Todos los miembros del cuerpo, y sobre todo las partes más salientes de la cara, fueron objeto de mutilaciones, de las cuales muchas se conservan aún en los pueblos salvajes, y otras son restos de la tradición hereditaria que los pueblos civilizados se resisten á abandonar. Se sabe que las mujeres de Skoptsy (Rusia) se hacen amputar los dos senos con el objeto de eludir las funciones de la maternidad, porque estos producen la relajación de esos órganos, la del vientre, y marchita, además, la frescura del semblante, por las atenciones consiguientes á ese natural deber. Existe una secta religiosa muy extendida en el imperio ruso, que tiene por objeto impedir que se produzca la maternidad, y al efecto, practica la amputación de los senos. En nuestras órdenes religiosas (la Compañía de Jesús), con el mismo objeto, se procura la atrofia de los senos,

¹ Del griego *stear*, grasa, y *pign*, nalga, nalga grasosa de los hotentotes. Livingston. Dic. de Litré y Robin.

² *Paniers*, especie de cuerpo de basquiña, emballado, análogo á nuestras crinolinas modernas, que servía para extender los vestidos de cada lado arriba de las caderas. Los *paniers* se llamaban familiarmente los ascendientes bastardos.

Polisson. Piezas de lienzo almidonado que las mujeres traían antes debajo de sus ropas, para dar amplitud á sus formas. Dic. de Pierre Larousse.